

medida de su cultura y de su desenvolvimiento socialista. No hay contradicciones como en la sociedad burguesa que prepara a los hombres, cuando los prepara, para actuar en un medio hostil, en un medio en el cual se sentirán desarmados, en un medio que reserva la carta del triunfo a los más audaces y a los más fuertes.

Y este programa, que habla a los hombres un lenguaje que nunca antes habían escuchado, lo está ensayando en Rusia un partido dominante que afirma su imperiosa voluntad de forjar un mundo nuevo.—EUGENIO ORREGO VICUÑA.

EL PELIGRO DE NUESTRO TIEMPO

El sentido profético de estas páginas de Walter Rathenau, el canciller judío-alemán que fué asesinado en Berlín en 1922, se refuerza con el conocimiento de que su autor fué un gran idealista tanto como un hombre de empresa, es decir el estadista supremo en los tiempos de crisis que encaramos. La media docena de libros que dejó Rathenau son la obra de un filósofo de la política y de la economía de nuestro tiempo. Walter Rathenau es considerado como el único crítico de las condiciones económicas que es a la vez fiel a los hechos y al mismo tiempo creador. El ensayo que damos a continuación ha sido especialmente traducido para *Atenea*.

LA propagación del movimiento mundial característico de nuestro tiempo, proviene de dos factores básicos cuya conexión es muy estrecha. Una concentración jamás vista de población ocurrió en aquellas regiones que eran más apropiadas para el florecimiento de la civilización. Su expansión creciente rompió al fin la delgada corteza que daba hasta entonces su forma a las naciones europeas y servía de valla a su rivalidad. Este enorme exceso de población vino a hacer indispensable una revisión de los principios económicos y métodos de vida a fin de asegurar el bienestar y la vida misma de nuestra raza.

Del amontonamiento de los pueblos resultó la liberación de fuerzas en sus capas inferiores, y esto dió vida a una mentalidad que respondía a las necesidades de la obra por hacer. El espíritu de transformación de la humanidad tenía un largo camino por recorrer. Antes que el nuevo orden de cosas alcanzara su realización era menester, desarrollar el pensamiento abstracto

y las ciencias exactas, mejorar los métodos técnicos, dirigir y organizar; era necesario modificar las aspiraciones humanas, las ideas y fines del hombre; en una palabra, era necesario establecer nuevos modos de vida.

Para caracterizar su universalidad e indicar el determinismo mecánico de este nuevo orden de cosas, lo he llamado «mecanización». Pues, si miramos el conjunto del fenómeno, percibiremos que su naturaleza esencial reside en esto que el género humano se ha ido entrelazando mitad a sabiendas y mitad subconscientemente hasta formar como a la fuerza una sola organización, y entre rudos conflictos, pero siempre con creciente solidaridad, ha llegado a juntar sus esfuerzos en la obra de atender a la vida y su porvenir...

La mecanización no tuvo su origen en un propósito libre y deliberado, bajo la influencia de la voluntad bien inspirada del hombre; fué generada impremeditadamente, y hasta inadvertidamente, bajo el influjo del aumento de población. Pese a su estructura tan intensamente racional y lógica, ello es un proceso automático natural.

Los hombres de épocas pasadas ponían toda su energía y amor en su obra. El hombre vivía para su trabajo. Sus semejantes quedaban fuera del círculo de su interés inmediato; y cuando se acordaba de ellos de tarde en tarde, era únicamente para cambiar productos, protegerse mutuamente o por ayuda. Dentro del estrecho círculo de su vida quedaban todos sus camaradas, su propia familia; algo más lejos quedaban sus cofrades a quienes debía lealtad; y a distancia mucho mayor quedaban sus enemigos, con los que luchaba de tarde en tarde.

El hombre de hoy no vive consagrado enteramente a nada. Su esfuerzo tiende a la posesión de ciertos objetos, la satisfacción indiferente de poseerlos, por la intangible noción de una cierta vaga esfera de influencia. No está realmente preocupado de cómo llenar su vida, pues esto pasa a ser apenas el medio de alcanzar un fin, el cual es la consecución de una carrera. El hombre moderno debe labrarse su carrera a través del muro que le oponen sus semejantes. Dondequiera que mire, dondequiera que intente poner el pie, allí hay ya otro individuo, y éste es su enemigo.

Con el fin de abrirse un camino, recurre a su camarada, emplea a sus allegados. Así como él no los guía por un sentimiento de afecto, ellos tampoco le siguen por amor, sino por interés. Cada hombre sólo es un medio usado para cierto fin, y que ha de ser echado a un lado cuando no sea ya útil. Para el industrial, su vecino es un competidor, o sea un enemigo; el consumidor es

un instrumento; el hombre que lo provee de materia prima es un enemigo; su socio es otro instrumento, un medio. El trata de sacarle algo a cada persona con quien entra en relaciones, y éstas a su vez procuran alcanzar algo de él; uno y otros están a la defensiva, y su actitud recíproca es de hostilidad y desconfianza.

En consecuencia, todos consideran peligroso suscitar la personalidad humana en un desconocido, teniendo esto al mismo tiempo como una falta de educación. Lo tradicionalmente correcto es tratar al forastero como si no existiese, hasta tanto la acostumbrada fórmula de una presentación no garantice la salvaguardia de un meticuloso respeto. El entusiasta filántropo que se atreve a romper con estos convencionalismos, es recibido con helada repulsión, a menos que no tenga algo que ofrecer; pero siempre que tenga algo digno de codicia, pronto se le hará sentir como pago de su franca cordialidad, que se le ha hecho descender a la posición de un instrumento. . . . Es por esto que los hombres se hallan siempre dispuestos a quejarse de los demás, a prevenirse unos contra otros porque se jactan de sus experiencias desgraciadas, y porque se declaran pesimistas y se condenan a sí mismo. Pues la enemistad y la bajeza no son condiciones inherentes de la naturaleza humana; el corazón del hombre, como su epidermis, es sensible al dolor e inclinado al afecto. Si el corazón se endurece, es debido al temor, al peligro de convertirse en uno de esos esclavos modernos cuya queja dice hambre, corrupción, injusticia, sufrimiento y muerte. En realidad, estas advertencias no son en sí terribles, sino medios de salvación. Con todo, esto puede solamente aplicarse a uno que tenga fe. La mecanización ha tenido suficiente perspicacia para adueñarse de la fe del hombre, dándole en compensación una miseria de conocimiento y minucias de la ciencia del prodigio.

La enemistad entre hombre y hombre se convierte en enemistad entre grupo y grupo, tribu y tribu, nación y nación. El hombre se ha convertido en parte interesada. Cierta lamentable teoría o cualquier cosa le ha prometido el alivio de todas sus preocupaciones. En torno a esto se unieron en lo que comúnmente se llama un partido o una representación de sus intereses. Revistiendo sus decepciones con el ropaje de un ideal, se indignan al ver que otros grupos, procedentes de un punto opuesto, no se acercan al mismo ideal doctrinario. En esta época tan dada a la variedad, no hay nada tan difícil de encontrar como un hombre cuyos ideales no estén bien metidos dentro de sus intereses. . . .

Aun en el caso de que la mecanización alcanzara a vislumbrar estas cosas, se parecerá en esto al pobre Satanás, al sentirse impotente en su grandeza. Su compromiso fué de nutrir, divertir y enriquecer a la raza humana, aun cuando ésta aumentara en un millar de veces su número. Sus medios de acción son raros e ingeniosos, y, sin embargo, ordinarios, pues que la mecanización nació de la ordinaria necesidad.

Ella rebaja a los hombres de más noble fibra a fin de poder exaltar a los vulgares, hasta su propio nivel, y no más. Simpatiza solamente con lo que tiene similitud con ella; ha destruído la fe y tiene muy poca confianza en la simpatía humana; sus fines los alcanza por medio de la ansiedad y el sufrimiento. Como la emulación generosa no basta, la competencia entra a obligar, y a falta de un sentimiento nacional de camaradería, la estratificación de las clases sociales nos fuerza a obrar. Inexorablemente también, la aplicación de estos métodos está dominada por los atavismos primitivos que se llaman envidia, odio, inquietud y avaricia, bajo cuya influencia tuvo su origen la mecanización...

Miremos sin prevención la esfera de las manifestaciones mecánicas. En su aspecto técnico, la mecanización puede realizar muy bien su tarea, que es alimentar y mantener la populosa raza humana. Háse establecido una notable conexión con las fuerzas de la naturaleza, con el dominio de la experiencia de los sentidos. Tanto en el dominio de las ideas prácticas, en la captación y distribución de energía física, en la movilidad de las masas y de los espíritus, se ha alcanzado sucesos antes no soñados. Lo funesto de la mecanización arranca del punto en que esas fuerzas indomables, sin alma, se apoderan de la vida interior del hombre, convirtiéndolo en su esclavo cuando debía ser el amo de su propia obra. Aquí está el origen de la esclavitud, el insensato afán, la enemistad, la miseria y la muerte del espíritu.

Sin embargo, está al alcance de las facultades humanas elevarse a una esfera superior de pensamiento, iluminando la confusión con la luz que irradia la visión supra-sensual del espíritu. El hombre no abandonará la mecanización en el orden material, por lo menos mientras un conocimiento más vasto y su propia intuición le hayan enseñado a dominar las fuerzas de la naturaleza por medios que no sean la simple investigación y el trabajo organizado. Pero ha de declararse al fin enemigo de la mecanización como el amo de su existencia espiritual. . .

Desde el punto de vista económico, todo el mundo civilizado vive hoy día bajo el dominio de una formidable plutocracia. Sería injusto desconocer los servicios que la plutocracia ha pres-

tado como una fuerza de la civilización. La plutocracia ha llevado el movimiento de la mecanización a su término, enriqueciendo incomparablemente, en el curso de pocas generaciones, al mundo civilizado.

El feudalismo europeo estaba basado en el concepto ideal de la lealtad de los vasallos, en conjunción con la responsabilidad del señor hacia sus súbditos dentro de sus dominios. Por su parte, la plutocracia no usó su influencia según la fórmula de un ideal, sino por medio del interés común. Los miembros de la plutocracia no alcanzaron el poder como conquistadores o como seguidores de una fe común. Aparecieron ellos aisladamente, cada uno surgiendo de entre las clases bajas de cada nación, al impulso de la selección motivada por un talento excepcional, por un juego de casualidades, o debido a la afortunada aceptación de un riesgo.

Todo lo que anhela la plutocracia es seguirse manteniendo en el poder y aumentar sus riquezas; carece de comunidad de fines con cualquier otro grupo y no reconoce obligaciones con ningún otro: su fuerza reside en el oportunismo. Su poder crece por medio de la herencia de las fortunas, y siempre que sea necesario, por el despojo; la parcialidad del padre se atempera al influjo de la prudencia del socio...

En tanto que la imperfección de la naturaleza humana acentúe la gradación de capacidades, de temperamento y de fuerza espiritual, hasta llegar a los más grandes contrastes de valer en el hombre, en la misma forma la sociedad presentará igualmente contrastes equivalentes en la concreción de sus responsabilidades, necesidades y aspiraciones. Sea como fuere que estas diferencias se manifiesten, ya sea en forma o relativa posición, siempre existirá la apariencia de una estructura oligárquica.

Según sea el punto de vista espiritual que se adopte en el futuro, tal orden será buscado voluntariamente o meramente tolerado. De esa posición espiritual dependerá si tal contraste seguirá ensanchándose ya sea por que se prohíba el acceso hasta esa casta privilegiada, aumentado y extendiendo sus prerrogativas, y consolidando la oligarquía por medio de los derechos de herencia, o si se dará impulso a un movimiento tendiente a la limitación de esos privilegios, a fin de dar una oportunidad para mejorar a cada individuo. Así la evolución se acercará a ese territorio neutral en que el concepto de aristocracia queda a la vez cumplido y anulado. Entonces las naturalezas más nobles y más fuertes, no importa de dónde provengan, compartirán la responsabilidad por sus hermanos. Entonces la capa más alta de la sociedad, aun cuando permanezca restringida en sus

componentes, ha de mostrar modificaciones incesantes respecto a su sustancia. Habrá llegado entonces el momento en que «el dominio de los mejores» se habrá justificado, y la concepción de la aristocracia como el dominio de una casta habrá tocado a su fin.

¿Será, entonces, una vana presunción sostener que estos factores primarios del movimiento mecanístico mundial, la pasión por el poder y por poseer, son cosas perecederas, y aún más, que a pesar del vigor de su florecimiento actual, están en realidad muriendo? ¿Es presuntuoso desear su muerte?

Respondamos. Hemos visto algo más grande que eso. Hemos experimentado en el curso de la historia muchos vaivenes del mal al bien; hemos visto la era de los sacrificios humanos, del asesinato de los ancianos de la tribu, del abandono de las criaturas, del incesto, la idolatría, la *vendetta* y las prácticas contra natura. En todo tiempo, las pasiones más desenfrenadas, todos los pecados, todas las locuras, estuvieron latentes en el hombre; todas pueden ser despertadas y todas ellas pueden ser dominadas. El individuo llega a dominarlas, cuando es débil de espíritu, por medio del temor, cuando es noble, por medio del espíritu, y la comunidad triunfa de ellas por medio de la conciencia moral. De aquí proviene que cada época vuelva a exclamar que «a los tiempos les falta un guía moral», y nuestro peor mal consiste en que del fondo de las edades surge una conciencia que carece de convicción.

Se siente la falta de una nueva filosofía que tenga la capacidad de coordinar las fuerzas nuevas. La conciencia de la comunidad, que por hoy sólo desprecia la falsedad y la cobardía, concluirá por condenar el ansia de poder, la avaricia, el afán de goces y la vanidad, la envidia y la bajeza. La liberación del individuo de tales influencias no ha de ser tan pronta, y, sin embargo, su poder está ya roto. Lo que hoy se yergue todavía orgulloso, tenderá mañana una existencia sobresaltada...

Toda la ciencia económica y social no es otra cosa que moral aplicada; el estado, el sistema económico y la sociedad merecen ser aniquilados si no quieren expresar otra cosa que un equilibrio de intereses, de asociaciones agresivas o pasivas de productores y consumidores. Solamente el contenido espiritual de la vida merece persistir: el alma se crea ropajes y formas para sí de cosas e instituciones que se convierten en cadáveres una vez que su contenido espiritual las abandona.—WALTER RATHENAU. (Traducido para *Atenea* por E. M.).